

El movimiento estudiantil y la sociedad norteamericana

HAROLD JACOBS

JAMES PETRAS

Durante los últimos años ha surgido un importante movimiento estudiantil en la Universidad de California, en Berkeley. Para comprender el desarrollo de la política estudiantil es necesario, en primer lugar, describir la amplitud, el tipo de las actividades y la variedad de los asuntos en que el movimiento estudiantil se ha interesado. En particular, analizaremos en detalle la huelga de Berkeley de 1966 en favor del “poder estudiantil”, destacando el desarrollo de la conciencia política estudiantil a partir del *Free Speech Movement* —FSM— (Movimiento en Favor de la Libertad de Palabra) de 1964.

En segundo lugar analizaremos las raíces del descontento estudiantil en la sociedad estadounidense contemporánea, tratando de mostrar de qué manera el *avance* del capitalismo burocrático (al que llamamos corporaciones) genera los problemas que alimentan la protesta estudiantil masiva.

Dado que la sociedad estadounidense representa una versión “avanzada” de otras sociedades capitalistas altamente industrializadas, es posible que muchos de los problemas y conflictos que actualmente surgen en los Estados Unidos puedan repetirse en el Continente europeo y en Inglaterra de una manera u otra. En la sección final tratamos de resumir algunas de las lecciones importantes de la experiencia de Berkeley que puedan tener importancia para el movimiento estudiantil en desarrollo en otros países.

I. EL CRECIMIENTO DEL RADICALISMO ESTUDIANTIL

El movimiento estudiantil estadounidense es a la vez resultado de la historia de la protesta reciente y causa de esa historia. Durante los últimos seis años ha habido un crecimiento sustancial de activismo político

entre los estudiantes universitarios estadounidenses. La quietud política de los cincuentas ha desaparecido con el tema de la “generación silenciosa”. A fines de los cincuentas los estudiantes se convierten en miembros activos en las protestas en contra del *House of Un-American Activities Committee* —HUAC— (Comité de Actividades Anti-Norteamericanas), en contra de la pena capital, de la pobreza y el desempleo entre los trabajadores de las minas carboníferas de los Apalaches, en contra de las pruebas nucleares y de la carrera armamentista. Los años sesentas han presenciado la gradual concentración de la actividad política estudiantil en torno a cuatro cuestiones: los derechos civiles, los derechos universitarios, la pobreza y la paz. De los *sit-ins* de 1960 de los negros del sur, surgieron el apoyo y la participación de los estudiantes blancos en las actividades en favor de los derechos civiles que incluían la desobediencia civil y tácticas de acción directa masiva. El *Student Non-Violent Coordinating Committee* —SNCC— (Comité Estudiantil Coordinador de la no-Violencia) fue fundado poco después por ex estudiantes convertidos en organizadores de tiempo completo y que a partir de entonces fue la organización más militante entre las de defensa de los derechos civiles. El FSM de Berkeley, tomando sus tácticas del movimiento de derechos civiles, marcó una nueva etapa en cuanto a la duración e intensidad de la protesta estudiantil en favor de los derechos políticos totales en la universidad. Los *Students for a Democratic Society* —SDS— (Estudiantes Partidarios de una Sociedad Democrática) compuestos en su mayoría por estudiantes blancos del norte, han trabajado con negros y blancos pobres en proyectos de organización comunal iniciados por estudiantes en un intento de desarrollar un movimiento político radical. La *Student Peace Union* —SPU— (Unión Estudiantil de la Paz) fue responsable en gran medida de las demostraciones *Ban the Bomb* (proscribir la bomba) y de las manifestaciones en contra de la guerra, de principios de los sesentas. Más recientemente, sobre todo después de la decisión del gobierno de los Estados Unidos, en febrero de 1965, de escalar la guerra en Vietnam a través del bombardeo de Vietnam del Norte, las protestas en contra de la intervención de los Estados Unidos se multiplicaron firmemente. Los estudiantes han desempeñado un papel prominente dirigiendo y organizando las demostraciones en contra de la guerra de Vietnam. Han utilizado tácticas tan diversas como marchas, *teach-ins*, días internacionales de protesta, *sit-ins*, campañas electorales y huelgas.

No existe un método seguro para estimar el número de estudiantes que se consideran parte del movimiento. De los seis millones de estudiantes de las instituciones estadounidenses de enseñanza superior, solamente una minoría se identifica con el movimiento y una aún menor participa en él.

Sin embargo, es claro que se trata de un importante movimiento social. Sus proporciones y su militancia continúan creciendo de la misma manera que su capacidad para movilizar un creciente número de personas, particularmente en las demostraciones en contra de la guerra de Vietnam. Las proporciones de las marchas en contra de la guerra, de octubre de 1965 (alrededor de 100 mil personas), de marzo de 1966 (alrededor de 200 mil personas) y de abril de 1967 (alrededor de 500 mil personas), las cuales fueron apoyadas principalmente por estudiantes, son un indicador del número de estudiantes que se han hecho activos.

La lucha en favor del "Poder Estudiantil"

Hacia el fin de los cincuentas, el grueso de la protesta estudiantil giraba en torno a problemas del *campus* universitario tales como la regulación de dormitorios, los aumentos en las cuotas, la mala comida, la reforma educacional, y el hostigamiento administrativo en contra de los estudiantes. Las protestas de naturaleza política más abierta, en contra de la prohibición de expresión de los comunistas, los juramentos de lealtad y el servicio militar compulsivo, recibían menos apoyo de parte de los estudiantes. Su lema de acción era poner fin a todas las relaciones concernientes *in loco parentis*. Con el surgimiento de la militante actividad por los derechos civiles y la paz en los sesentas, la protesta estudiantil se hizo más concretamente política, menos centrada en el *campus* y más orientada hacia la comunidad. Como resultado, tendió a enfrentarse con una resistencia más rígida.

La importancia de Berkeley reside en haber sido el centro de una actividad política radical sostenida desde fines de los cincuentas. Los eventos incluyen las demostraciones de 1960 en contra del HUAC en San Francisco, las campañas de desobediencia civil en los establecimientos comerciales más importantes durante 1963-1964 para protestar contra las prácticas de contratación laboral discriminatorias y que desembocaron en arrestos masivos, los aproximadamente 800 arrestos en un *sit-in* y el cierre del *campus* de Berkeley con 27 000 estudiantes, por medio de una huelga de 96 horas durante el FSM; el inicio de los días internacionales de protesta por el *Vietnam Day Committee* a mediados de octubre de 1965, el voto en contra de la guerra de 45 por ciento recibido por Scheer en una elección primaria del Partido Demócrata, y la huelga de 1966 en Berkeley en favor del "Poder Estudiantil". En la mayoría de los países, dadas sus proporciones, el movimiento de Berkeley se consideraría como un "movimiento nacional" y hasta cierto punto ha sido considerado un fenómeno nacional por observadores extranjeros. En efecto, al impulsar a otras comunidades universitarias a la acción, su impacto ha sido nacional.

Las restricciones sobre la actividad política que precipitaron el FSM de Berkeley fueron el resultado de las presiones sobre la administración de la Universidad por parte de poderosos dirigentes políticos y empresariales que trataban de inhibir, si no es que prevenir, perturbadoras demostraciones en favor de los derechos civiles. Los funcionarios universitarios cedieron ante la presión. Se hicieron concesiones a los intereses reaccionarios externos y los estudiantes descubrieron que para continuar luchando efectivamente en favor de los derechos civiles tenían que emprender una guerra en dos frentes —en contra de los racistas dentro de la comunidad y en contra de la burocracia “liberal” universitaria.

El FSM fue resultado del intento de la administración para aplastar las actividades en favor de los derechos civiles limitando las libertades estudiantiles. El FSM, que en su clímax contó con el apoyo de 20 000 estudiantes, hubo de organizarse en torno a tácticas radicales para lograr los derechos democráticos. Desde el FSM, la creciente militancia de la protesta estudiantil en contra de la intervención de los Estados Unidos en Vietnam ha sido, una vez más, el resultado de los intentos, por parte de los administradores, de limitar y suprimir la actividad de los estudiantes en contra de la guerra.

Frecuentemente se han referido a Berkeley como el *campus* de las mil demostraciones: también es el *campus* de las mil normas y regulaciones encaminadas a restringir la actividad política. Los más inocuos eventos, actividades, objetos, palabras y aun cartas tienen que someterse a la supervisión de la administración. El crecimiento de los centros de oposición activa, radical y política, ha engendrado la proliferación del personal policiaco administrativo y una serie de normas administrativas improvisadas o “legisladas” dirigidas a minar esta oposición. El estilo de los burócratas es el de asentir con los principios de la democracia política al tiempo que restringen su ejercicio al establecer normas que obstaculizan la utilización de las instalaciones. El autoritarismo de viejo cuño, que en un principio asumió el control absoluto, es reemplazado por la manipulación de las normas. Desde el punto de vista administrativo, la ventaja política reside en que esto permite la aparente trivialización de los problemas más importantes. La administración, más que expresar en debate abierto diferencias sobre puntos sustantivos, presenta normas restrictivas como medio para enfrentarse a “problemas” específicos: suprimir áreas de libre expresión que “bloqueen” el paso de estudiantes, proscribir de la Universidad a los ex estudiantes activistas, etcétera. Los sucesos en la Universidad indican que detrás de estos movimientos tácticos, la administración trata de alcanzar un objetivo más importante: poner fuera de la ley a la oposición política.

La política del *campus* de Berkeley refleja la interacción de fuerzas: el intento del Chanceller (rector) de contener a la Nueva Izquierda y alcanzar un *modus vivendi* con nuevos dirigentes políticos derechistas del Estado; el gobernador abiertamente opuesto a la existencia de cualquier política radical en la Universidad; los estudiantes, especialmente los de la *Nueva Izquierda*, terminantes en su insistencia en relación a su derecho a organizar actividades políticas, convencidos por la experiencia de que las normas generalmente significan restricciones y que la administración se ha embarcado en un curso de choque inevitable.

La difusión del radicalismo desde Berkeley ha sido vista desfavorablemente por muchos, incluidos aquellos liberales que comúnmente asocian el liberalismo con los demócratas en el gobierno federal. Los efectos externos de la política de Berkeley tienden a sensibilizar a la administración al uso de las instalaciones de la Universidad. Toda cuestión importante que se ha planteado en relación a la guerra, al Poder Negro, a la libertad de expresión, etcétera, tuvo como resultado el planteamiento por parte de la administración de una serie de cuestiones aparentemente marginales que, sin embargo, amenazaban perturbar los esfuerzos de los estudiantes para hacer un llamado efectivo a sus compañeros y a un público más amplio. La administración, a fin de mantener su posición de neutralidad, no podía expresar abiertamente su oposición a la política estudiantil, pero podía regular el tiempo, el lugar y la forma de la acción política —y, a través de esas regulaciones, tratar de minimizar los efectos internos y externos de los actos políticos. Durante año y medio, esta consunción de los derechos políticos de los estudiantes desempeñó una parte central en la política administrativa. El intento de la administración de absorber el movimiento estudiantil, que data de la primavera de 1966, fue reemplazado por una política de confrontación directa con los estudiantes activistas. William Trombely, editor de educación de *Los Angeles Times*, afirmó el cambio de la estrategia en un artículo acerca de las causas profundas de la huelga de diciembre de 1966:

La decisión del Rector Roger Heyns y sus colaboradores de abandonar la teoría de la "asimilación", que mantuvo la paz en el *campus* durante todo el año académico 1965-1966, fue la causa profunda de los desórdenes del miércoles...

Hace un año, durante las protestas en contra de la guerra y otras demostraciones, Heyns siguió una política de aislamiento de los extremistas, evitando que ganaran una amplia base de apoyo.

Se permitió que los activistas hicieran marchas y otras protestas dentro de líneas de conducta flexibles. La administración evitó los pronunciamientos de "aquí deben parar" y cuando tuvieron lugar incidentes menores no llamaron a la policía.

La estrategia parecía funcionar bien. Por lo menos no hubo disturbios importantes en el *campus*. Incluso la aparición del embajador ante la ONU, Arthur Goldberg, en Charter Day en marzo último, a la que estaban violentamente opuestos los grupos en contra de la guerra, tuvo lugar sin incidentes serios.

Sin embargo, el rector Heyns, el vicerrector Cheit y el asistente especial John Searle decidieron, después de Charter Day, que el *campus* no podía continuar con la asimilación, que la tensión de los nervios de todos era demasiado grande. (*Los Angeles Times*, diciembre 2, 1966.)

Habiendo fracasado en su intento de aislar a los estudiantes radicales del conjunto estudiantil, la administración trató de decapitar al movimiento estudiantil. La estrategia de confrontación de la administración estaba diseñada para eliminar del *campus* a los dirigentes estudiantiles radicales. "Cortad la cabeza y caerá el cuerpo" vino a ser el principio conductor de la administración. Instituyeron su nueva política a través del consejo administrativo. La administración impuso medidas disciplinarias severas, incluida la expulsión, en casos de violaciones menores a las normas. Publicaron declaraciones amenazantes y aumentaron la vigilancia policiaca de los estudiantes. (Berkeley es probablemente el único *campus* donde un policía es también director —*dean*—.) Impusieron restricciones arbitrarias sobre las colectas de fondos y la realización de mítines en el *campus*. Reformaron las regulaciones del *campus* para prevenir el que "no estudiantes" desempeñaran un papel directivo o una parte activa en las organizaciones estudiantiles.¹

Durante el mes de octubre de 1966, la administración obligó a 800 estudiantes negros visitantes que participaban en un boicot a las escuelas de Oakland a abandonar el *campus*; también trató, pero fracasó, de suprimir una conferencia sobre "El Poder Negro y sus desafíos" patrocinada por la SDS del *campus*. En noviembre, la administración hizo públicas las listas de las organizaciones del *campus*, negó a Mario Savio (dirigente máximo del FSM) la readmisión a la Universidad sobre la base de que no intentaba obedecer las normas del *campus*, emprendió una acción disciplinaria en contra de un estudiante por escribir una carta en "lenguaje rudo" para el periódico de su escuela, criticando al director y proponiendo que se quitaran los micrófonos del Sproul Hall Steps. Los anteriores acontecimientos minaron seriamente la legitimidad de la administración a los ojos de miles de estudiantes y de algunos maestros. Estos incidentes, en lugar de despolitizar al *campus* influyeron para que se elevara la conciencia estudiantil en contra de la administración e incrementaron grandemente la tensión en el *campus*.

Los eventos inmediatos que desencadenaron la huelga surgieron de una demostración en contra de la guerra por parte de la SDS del *cam-*

pus. La tarde del 30 de noviembre un grupo de “no estudiantes” opuesto al reclutamiento para el ejército en unión del SDS del *campus* instaló una mesa junto a la mesa de reclutamiento de la Marina en el interior del edificio de la asociación estudiantil. La demostración del SDS era en protesta contra los privilegios otorgados por la administración a agencias gubernamentales que gozan individuos ajenos al *campus*, y no tienen grupos no comerciales y organizaciones estudiantiles; en contra del sistema antidemocrático de reclutamiento de los Estados Unidos y en contra de la guerra de Vietnam.

Poco después de instalar la mesa del SDS cerca de la mesa de la Marina, se formó un piquete de estudiantes para protestar en contra de la presencia de la Marina en el *campus*. A petición de los directores de la Universidad, la policía del *campus* quitó la mesa del SDS, lo que provocó un *sit-in* en torno a la mesa de la Marina por grupos de estudiantes. Como la policía aisló el área, cientos de estudiantes se reunieron cerca y formaron una demostración separada para expresar su solidaridad con los estudiantes del *sit-in*. Las negociaciones para poner fin al *sit-in* quedaron bloqueadas cuando la administración se rehusó a garantizar que no se tomarían medidas disciplinarias en contra de ningún estudiante que hubiera organizado o participado en la demostración. Poco después, la administración llamó al *campus* a las policías de Berkeley y Alameda Country. La policía se abrió paso a empujones y macanazos entre los participantes para arrestar, por allanamiento, a seis manifestantes “no estudiantes” de entre más de setenta estudiantes que protestaban. Los no estudiantes escogidos para ser arrestados eran elementos prominentes en actividades en favor de los derechos civiles, de las libertades civiles y en contra de la guerra, en el área de Berkeley; la mayoría de ellos habían sido estudiantes en Berkeley. No había base factual para considerar a los seis “no estudiantes” como “dirigentes”; su papel en la demostración había sido mínimo. La administración aprovechó la oportunidad que el *sit-in* le proporcionaba para reprimir a los activistas “no estudiantes”; es más, decidieron arrestar solamente a “no estudiantes” para de esa manera hacer aparecer ante el público que la protesta estudiantil era ilegítima.

Como en el caso del FSM dos años antes, la presencia de la policía en traje de combate y armada, junto con la brutalidad de sus tácticas, preparó el camino para una huelga estudiantil. Esa tarde, en un mitin al que asistieron cerca de tres mil estudiantes, se formó un Comité de Huelga que llamó a la huelga. Las demandas eran: que nunca se llamara a la policía al *campus* para “resolver” problemas políticos de éste; que no hubiera medidas disciplinarias en contra de los participantes en el *sit-in*, y que se levantaran los cargos en contra de los arrestados;

que se concedieran a todos los individuos ajenos al *campus* y a todos los grupos no comerciales por lo menos los mismos privilegios que se concedían a las agencias gubernamentales; que todo juicio disciplinario universitario fuera abierto y se apegara a los cánones constitucionales; que se iniciaran negociaciones para establecer un sistema de representación estudiantil justo y efectivo en la formulación de la política universitaria que rija la actividad estudiantil, y que se concedieran facultades al Comité de Huelga para que nombrara una mayoría de esos representantes estudiantiles. En un mitin masivo durante la tarde del día siguiente, ocho mil estudiantes endosaron aplastantemente la huelga estudiantil y las demandas de la huelga. Además, el gobierno estudiantil y el periódico estudiantil dieron apoyo inicial a la huelga, al tiempo que la *American Federation of Teachers*, la AFL-CIO, Local 1570, y la University Graduate Students' Union, compuesta principalmente por maestros adjuntos en Berkeley iban a la huelga junto con los estudiantes.

La huelga duró seis días, de la mañana del 1 de diciembre a la noche del 6 de diciembre. El Comité de Huelga estimó una participación efectiva de alrededor del 70 por ciento durante los dos primeros días, aunque la fuerte lluvia puede haber sido responsable de cierto ausentismo. Sin embargo, conforme la huelga progresaba, la proximidad de los exámenes (a sólo unos cuantos días), unida a la incesante lluvia, redujo el número de estudiantes que estaban dispuestos a formar guardias. El 5 de diciembre se reunió el Senado Académico y votó aplastantemente (798 contra 28, con 143 abstenciones) apoyar al rector Roger Heyns: poco después de la decisión, el relativamente conservador gobierno estudiantil se pronunció en contra de la huelga. El 6 de diciembre, el Consejo de Regentes (representantes de los intereses creados del capitalismo corporativo) se reunió en una sesión especial durante la tarde y votó el apoyo para el rector, autorizándolo para que tomara cualquier medida de disciplina que considerara necesaria en contra de los estudiantes, maestros adjuntos y profesores que apoyaban la huelga. Los regentes también adoptaron una resolución poniendo fuera de la ley las huelgas en el *campus*, y previnieron a los sindicatos que en lo futuro los empleados que fueran a la huelga estarían sujetos al despido.

Hacia el fin de la huelga, el Comité de Huelga estimó que aunque el 76 por ciento de los estudiantes apoyaba la huelga y las demandas de la huelga, sólo el 46 por ciento estaban dispuestos a seguir boicoteando las clases frente a la inminencia de los exámenes finales. Al momento en que la huelga fue pospuesta para que se realizaran los exámenes finales, ninguna de las demandas de la huelga se había cumplido. En ese sentido la huelga era un fracaso. Sin embargo, se habían

logrado importantes avances como resultado de la huelga. El sindicato de maestros asistentes duplicó su membresía. Frente a una administración y un Consejo de Regentes hostiles y casi sin apoyo por parte de los profesores, los estudiantes demostraron su poder colectivo combatiendo a la administración hasta llevarla a un *impasse*. Los regentes, al decidir establecer reglas en función de huelgas futuras y no tomar represalias en contra de los empleados por la huelga reciente, reconocían el poder *de facto* del movimiento estudiantil. El fracaso para conseguir concesiones de parte de la administración no se tradujo en una desmoralización de los estudiantes. Por el contrario, los estudiantes huelguistas dieron a conocer su determinación de emprender una lucha ampliada en favor del “poder estudiantil”.

Existe cierto número de diferencias importantes entre la huelga del FSM de 1964 y la huelga reciente. Dos años antes ningún gobierno estudiantil ni ningún periódico estudiantil apoyó la huelga. En 1966, la huelga contó con el apoyo inicial de esos órganos y, en términos generales, con una base de apoyo entre los estudiantes, mucho más amplia. En 1964 la chispa que encendió la huelga fue la presencia de cientos de policías en el *campus* y la aprehensión de casi 800 estudiantes; la reciente huelga estalló frente al arresto de seis “no estudiantes” y la presencia de menos de cien policías. En tanto que la huelga del FSM fue precedida por tres meses de agitación y amplia organización, la segunda huelga casi fue espontánea y, como señaló un estudiante huelguista “la maquinaria de la huelga se integró con pequeñas improvisaciones, con los recuerdos del FSM y con los viejos hábitos”. Algunas de las deficiencias en la organización fueron compensadas por la existencia del Local 1570, el sindicato de profesores asistentes surgido del FSM pero que no existía cuando tuvo lugar. Pero las dos diferencias más importantes conciernen al papel desempeñado por el cuerpo de profesores y la conciencia de los estudiantes.

En 1964 los estudiantes pudieron eventualmente atraer a sus demandas al cuerpo docente. El programa del FSM fue legitimado cuando el Senado Académico de Berkeley aprobó la resolución del 8 de diciembre por un margen de casi ocho contra uno. Las resoluciones prescribían de manera explícita “solamente” aquellas restricciones de palabra o expresión escrita que constituyeran “regulaciones razonables para prevenir la interferencia de las funciones normales de la universidad”. La mayoría de los profesores que votaron en favor de las resoluciones del 8 de diciembre, lo hicieron menos en atención a las libertades de los estudiantes que por su deseo de obtener la paz a cualquier precio. El Comité Electoral Liberal del Senado Académico convenció a sus colegas de que el “destino” administrativo era una fuente mayor de

intranquilidad que la actividad política estudiantil. Sería erróneo suponer que la mayoría de los profesores apoyó en principio a los estudiantes el 8 de diciembre; en realidad, al optar por el retorno a la normalidad, el Senado respondió más bien a los estudiantes que a la presión administrativa. Dos años más tarde, el 5 de diciembre, la aplastante mayoría de los directores “moderados” decidió alinearse a las reuniones relativamente conservadoras del Senado de Directores. Temeroso de antagonizar a las fuerzas derechistas del Estado de California y, en algunos casos, opuesto a la creciente politización del *campus* y al viraje radical de la política estudiantil en contra de la guerra y en favor del “Poder Negro”, el Senado Académico decidió unirse al rector en su intento de apaciguar a la derecha. En cuanto al Comité Liberal su colapso como posición de principios fue ilustrativo de la estampida general de los directores ante el espectro de la derecha.² Conforme se aproximaba el 5 de diciembre, su actitud de violencia y su sentimiento radical se convertían en temor y cautela. Decidieron que era mejor aprobar una mala resolución que fracasar con una buena; es decir, optaron por hacer invisible su oposición al rector emprendiendo una política de consenso. Buscando una moción unánime en lugar de hacer una declaración directa de su posición, terminaron apoyando una moción que no sólo dio un voto de confianza aplastante a Heyns y avaló el uso de la policía en el *campus*, sino que también declaró “que la huelga debía terminar inmediatamente”, a pesar de que ninguna de las demandas había sido cumplida y que la administración se rehusó a negociar con los estudiantes. En consecuencia, los estudiantes recibieron la declaración del Senado Académico con una actitud de desprecio, la ignoraron y continuaron su huelga por un día más.

En 1964, en Berkeley, los estudiantes descubrieron que para continuar sus actividades en favor del movimiento de los derechos civiles tenían que desarrollar una lucha por sus libertades civiles. El FSM fue esencialmente una lucha estudiantil en favor de derechos políticos completos en el *campus*. Durante los dos últimos años, la intervención de los Estados Unidos en Vietnam se convirtió en el tópico central. No habiendo logrado cambiar la política exterior de su país a través de presiones de grupos políticos tales como marchas y *teach-ins*, los estudiantes dirigieron su atención a la Universidad misma exigiendo que dejara de cooperar en el enrolamiento y de servir a la política nacional comprometiéndose en investigaciones de guerra para el gobierno. El llamado en favor del “Poder Negro” de parte del ala radical del movimiento pro derechos civiles influyó en los estudiantes para que lanzaran la consigna de “poder estudiantil”. La huelga reciente, aunque puesta en marcha por las cuestiones específicas de reclutamiento y enro-

lamiento militares dentro del *campus*, pronto fue transformada en una lucha en favor del “poder estudiantil”. Los estudiantes no sólo hacían demandas en favor de la participación directa en las decisiones del *campus* que afectaran sus vidas, sino también demostraron su decisión de utilizar tácticas militantes y coercitivas en contra de la administración para que cumpliera sus demandas. Un número creciente de estudiantes ha ido tomando conciencia del inevitable conflicto de intereses entre ellos y la administración. Los llamados a la “buena fe” han sido reemplazados por las expresiones de “falta de confianza”. En los dos años que han pasado desde el MFSM, los estudiantes se han hecho más radicales y, en general, han desarrollado una conciencia política adecuada a una genuina comunidad de protesta.

II. EL CORPORACIONISMO, LA UNIVERSIDAD Y EL DESCONTENTO ESTUDIANTIL

Los Estados Unidos son una naciente sociedad corporacionista. Es decir, una sociedad que crecientemente va siendo dominada por una pluralidad de organizaciones de gran escala cuyas estructuras burocráticas controladas estrechamente desde arriba corresponde a una centralización del poder político de las decisiones en manos de una élite de autoridad y propiedad que comparte valores sociales comunes e identifica sus intereses con la continuación de la estructura jerárquica existente y de la organización capitalista monopolista de la industria; y a una base políticamente neutralizada a la que se da poca oportunidad para discutir problemas o para participar en la toma de decisiones que puedan entrar en conflicto con los intereses de la élite.

Las grandes universidades en la sociedad corporacionista americana tienden a adquirir las características del orden social dominante; tienden a ser el microcosmos del todo, habiendo llegado a integrarse y a depender del orden institucional naciente —económico, militar y político— de la sociedad. Las universidades americanas, como las describió devastadoramente Thorstein Veblen en *The Higher Learning in America* hace cerca de medio siglo, siempre han estado dirigidas por y para la comunidad de los negocios. Sin embargo, en los últimos veinticinco años ha habido un enorme desarrollo en la investigación especializada y en la instrucción, dirigidas a las necesidades del complejo militar-industrial-gubernamental. En una época de industrialismo moderno y de guerra científica, el papel de las universidades ha sido institucionalizar las labores de investigación en las ciencias aplicadas y adiestrar la fuerza de trabajo profesional. Principalmente debido a estas razones las universidades han sido ligadas más estrechamente al marco de la

corporación —sea directamente o a través del Estado— en los años durante y después de la Segunda Guerra Mundial.

Tenemos el fenómeno de la Universidad como una corporación, como una “industria de conocimiento”. La nueva casta de administradores universitarios está bien entrenada en técnica de relaciones públicas y se halla comprometida con la ética de la corporación. La marcha suave y sin obstáculos de la “maquinaria” es para ellos de primera importancia. Los hombres de la Universidad, ligados como están a sus contrapartes en las instituciones públicas y en las fundaciones, ahora son parte de círculos más amplios de poder a influencia. Además, desde que las universidades ya no tienen un presupuesto independiente lo suficientemente amplio para proveerlas de los fondos necesarios, sus presupuestos deben ser complementados con fuentes exteriores. Junto con el dinero llegan las ligas, implícitas y explícitas, a menudo sutiles, algunas veces abiertamente. Desde el punto de vista de la organización y respecto a la asimilación de los estilos de vida, la dependencia de los fondos del exterior ha resultado en una creciente tendencia de los departamentos de las universidades y de los institutos de investigación a unirse a sus contrapartes en la industria privada y en las agencias del gobierno conforme el intercambio de ideas, personal y contratos tienen lugar entre ellos.

Un resultado de la integración creciente y de la cooperación entre las universidades y los intereses creados puede ilustrarse a través del Proyecto Camelot, estudio diseñado por el Pentágono para ser realizado por profesores para dar al programa de contrainsurgencia de los Estados Unidos una base científica; el nexo viable entre la Universidad de California y el grupo de hombres de negocios que domina el Consejo de Directores; el Proyecto de la Universidad del Estado de Michigan en Vietnam que proporcionó profesores que fungieron como “consejeros” para ayudar a adiestrar y armar a la fuerza policiaca de Diem; la reciente revelación de la Universidad de Pennsylvania como el centro universitario más importante para la investigación de la guerra bacteriológica y química del país y la revelación del Instituto de Investigación de Política Exterior como un sofisticado brazo de inteligencia y estrategia militares del Departamento de Defensa; el financiamiento de diversos institutos universitarios por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) como en el caso del Centro Tecnológico para Estudios Internacionales del Instituto de Massachusetts.

La creciente dependencia de las universidades de una proporción mayor de sus presupuestos derivada de intereses creados, particularmente las burocracias civiles y militares del gobierno, ha dado a luz a una nueva generación de universitarios-consejeros. Éstos no sólo adop-

tan con prestancia los supuestos de sus clientes, sino que utilizan su experiencia científica para reforzarlos y legitimar las utilidades de las corporaciones, las líneas políticas militares y la ideología de la guerra fría. Además, a cambio de concesiones y contratos, las universidades producen, transmiten y llevan al mercado conocimientos y trabajadores intelectuales en la forma de graduados para servir a los complejos militar e industrial y a las jerarquías gubernamentales. En resumen, los administradores (como “empresarios”) no sólo cooperan en fortalecer los intereses de sus clientes y los suyos, sino también en imbuir a sus estudiantes actitudes aceptables y conocimientos comercializables.

Al igual que otras grandes estructuras burocráticas, la Universidad es una institución social que se halla altamente regulada y planificada. Exige de sus miembros un alto grado de autodisciplina y adaptabilidad. Por otra parte, los estudiantes han sido socializados para dar una alta prioridad a las relaciones personales estrechas. Tienden a ser antagónicos a la impersonalidad normativa y a la autorregulación que caracteriza la interacción en un medio burocrático. Además, muchas veces el desarrollo de sus cursos comparte una impersonalidad y aun un aburrimientos similares: lo dominante son las clases numerosas, la pobreza de la enseñanza, el poco o nulo contacto con el profesor y los cursos insípidos. Para enfrentarse a su situación, los estudiantes se esfuerzan en formar sus propios agrupamientos informales dentro de los intersticios de la estructura formal o en lugares de reunión fuera de clases.

El magnetismo de las subculturas libres y de las contracomunidades que se desarrollan en torno a los intereses de la vida inmediata de los estudiantes contrastan vivamente con el desinterés y la inanición generales del *curriculum* formal. Para los estudiantes la riqueza y el *status* en gran medida son dados por supuestos y no algo por lo que hay que luchar. Valoran su independencia de criterio y, sobre la base de los ideales democráticos que les han sido enseñados, toman en serio sus convicciones políticas liberales. Pero la mayor parte de ellos ni piensan políticamente ni están interesados abiertamente en la política. Tienden a psicologizar sus problemas, son absorbidos en desarrollar relaciones interpersonales satisfactorias y, en general, se interesan más en la libertad personal que en la libertad política. Son estos grupos de estudiantes los que tienden a ser sensibles frente a la pérdida o ausencia de libertad y desean ejercer su autodeterminación precisamente en un medio estudiantil que se ha “sobreorganizado” —desde arriba.

Esto nos lleva a la segunda causa profunda del descontento estudiantil: el contraste entre los ideales democráticos y la realidad corporativa. Es la disparidad entre las nociones tradicionales de democracia (cualquiera que haya sido su aplicación real en el pasado) y la sociedad como

existe realmente y que incuba la rebelión estudiantil. Los estudiantes reciben una premonición de la vacía democracia formal de la sociedad, generalmente después de estar en contacto con el parlamentarismo ridículo de la democracia formal del *campus*. Cuando los estudiantes tratan de ir más allá de cuestiones triviales tales como las regulaciones de los dormitorios, hacia asuntos de mayor importancia como los derechos civiles, la pobreza, el enrolamiento y la guerra, el carácter impotente de la mayoría de los gobiernos estudiantiles se revela. La negativa de la administración de la Universidad de una voz autónoma de los estudiantes en relación a asuntos "controvertibles" locales y nacionales, tiende a ponerlos alerta acerca de la ausencia de poder de su posición en relación con la estructura del poder de la sociedad. Se empieza a desarrollar un difundido sentimiento, entre los alumnos con mayor conciencia política de cuán poco importa cuanto investiguen o qué tan bien informados puedan estar —sus puntos de vista serán ignorados de todas maneras.

La manipulación de los estudiantes por parte de los administradores es el factor inmediato del cual emerge el descontento estudiantil. La cuestión del control popular y de la participación en la toma de decisiones se hace importante dentro de la Universidad cuando las élites del exterior incrementan sus exigencias sobre las élites de la Universidad (regentes o administradores del más alto rango) en busca de una mayor integración política y social. Muchas veces las exigencias vienen del seno mismo de la estructura del poder del *campus*. Esto tiende a ocurrir cuando las élites universitarias identifican el favorecimiento de los intereses de la Universidad con el de sus propios intereses o carreras, o con el de los poderosos grupos de intereses de la sociedad. En otros términos, se puede decir que la Universidad en algunos casos ha sido solicitada, en otros ella misma ha cedido procurando los servicios deseados. En todo caso el efecto es que algunos estudiantes abiertamente muestran su resentimiento frente a lo que consideran limitaciones arbitrarias de su libertad.

La rebelión política estudiantil tiende a irrumpir cuando una serie de eventos que violan las normas de la burocracia liberal producen conmoción entre los estudiantes que todavía no han sido suficientemente asimilados al sistema corporativo. La administración de la Universidad es el gobierno *de facto* de la Universidad. Éste no sólo cuenta con el poder para actuar en contra de los estudiantes disidentes, sino que, muchas veces, también puede utilizar el arma del tiempo en su favor. La administración puede prohibir, aplastar, abolir y destruir instituciones y actividades estudiantiles; y lo puede hacer precisamente antes de los exámenes finales o cuando los estudiantes no se hallan

en el *campus* durante el receso de verano o entre semestres. Sin embargo, algunas veces los administradores se ven forzados a deshacerse de su apariencia liberal. Cuando sus mecanismos informales de control (el gobierno estudiantil oficial, los comités de estudiantes y maestros serviles, las normas que regulan el tiempo-espacio-y-forma de la libre expresión y de la actividad política) dan lugar a la manipulación vulgar y a la represión (censura o supresión de publicaciones y del uso de la palabra, persecución anticomunista, amenazas de despidos, expulsiones y arrestos) se produce una situación crítica. La expansión de la acción de las élites universitarias sobre estas direcciones lleva a los estudiantes a actuar en defensa de sus intereses. El descubrimiento posterior de los estudiantes de que la supresión de sus derechos es apoyada por lo que ellos consideran que son instituciones legítimas (los medios de comunicación) y por los profesores liberales y las fuerzas políticas, fuerza a algunos de ellos a reconsiderar sus adhesiones y compromisos.

Los estudiantes empiezan a buscar una voz para constituir alternativas. Gradualmente dejan de aceptar la reducción que hace la sociedad corporacionista de su papel político al derecho de elegir periódicamente entre alternativas predeterminadas por las élites corporacionistas. Enérgicamente se rebelan a vivir en una sociedad definida y manipulada por un círculo relativamente pequeño de hombres, responsables sólo entre sí y ante los intereses que los sostienen. A las ideologías empresariales de la élite administrativa, los estudiantes oponen demandas en favor de mayor autonomía y democracia dentro de la estructura universitaria. Exigen de los profesores un *curriculum* más adecuado a un mundo en revolución que a un mundo imbuido de futilidades domésticas y de estereotipos de la guerra fría.

Así, el surgimiento del corporacionismo dentro de la Universidad genera su opuesto: la participación popular como contraideología entre los estudiantes que experimentan la necesidad de la libertad y del control implícitos en esa ideología. Una minoría de estudiantes llega a identificarse como parte de un movimiento estudiantil populista. Dejan de considerarse ellos mismos una élite que posee cualidades superiores que les permiten mayor libertad que a otras personas. Se identifican con los grupos de la sociedad no incorporados y sumergidos a los que consideran, particularmente los de negros y blancos pobres, como aliados potenciales y agentes del cambio. Paralelo a su populismo, un ánimo antiburocrático caracteriza al movimiento estudiantil. Subordina los principios de la jerarquía a los de la libertad y la solidaridad. Rechaza la posición del "realista" y se pronuncia en favor de la del "utopista": es decir, en lugar de adaptarse a las prácticas actuales asume el papel de

innovador que quiere transformar las instituciones para atender a las necesidades humanas.

En resumen, las fuentes potenciales de insatisfacción que hemos tratado de destacar son: 1) el medio manipulador y burocrático característico de la gran universidad norteamericana; y 2) la discrepancia entre los ideales democráticos y la realidad corporacionista. Estas condiciones fundamentales son características relativamente constantes de la sociedad corporacionista norteamericana. La tendencia hacia control y restricciones mayores es una variable que tiende a exacerbar las dos condiciones antes mencionadas. Los estudiantes que se identifican o han tomado parte en las actividades en favor de los derechos civiles, la paz, en contra de la pena de muerte y el HUAC, o en actividades de organización de comunidades, son generalmente, los primeros que tienen que enfrentarse a las restricciones recientemente impuestas. Si combaten decididamente las nuevas regulaciones y si son capaces de expresar con éxito su descontento a un mayor número de estudiantes, una parte de la comunidad estudiantil tenderá a concentrar sus demandas en la fuente más inmediata de represión: la administración de la Universidad. Este proceso está acompañado por el desarrollo de una ideología populista.

III. LAS LECCIONES DE LA EXPERIENCIA DE BERKELEY

De la experiencia del movimiento estudiantil de Berkeley existen algunas lecciones que se pueden extraer para iluminar los problemas y modos de lucha que estudiosos de otros países pueden aprovechar analizándola.

De las numerosas confrontaciones ha quedado claro que los dos grupos que definen los polos más importantes son los estudiantes y la administración. Los profesores en la mayor parte de los casos, actuaban como la retaguardia: reaccionando a las acciones iniciadas por uno u otro de los principales actores, los profesores hicieron variar sus posiciones de acuerdo con la fuerza relativa de cada grupo. Dado este papel, sería desastroso para el movimiento estudiantil esperar del profesorado una dirección o que dependiera del profesorado para presionar sobre la estructura del poder en la Universidad. En el mejor de los casos, los estudiantes pueden esperar en términos generales que un muy limitado número de profesores les presten su apoyo para una acción iniciada por ellos. Si bien los miembros del cuerpo docente no deben considerarse como "enemigos", tampoco pueden considerarse aliados del todo y por largos periodos. La lucha en favor del "poder estudiantil" debe realizarse por los estudiantes. Los esfuerzos para incorporar profesores deben hacerse sobre la base de los asuntos e iniciativas definidas por el movimiento estudiantil.

En el curso de la lucha en favor de los derechos de los estudiantes o en favor de cualquier otro interés político de los estudiantes, en general existen dos formas de enfoques a elegir. El movimiento puede intentar persuadir, presionar o exigir a la administración o al gobierno estudiantil "oficial"; o bien, el movimiento puede tratar de crear nuevos centros de poder a través de acciones militantes ligadas a los intereses y exigencias de los estudiantes. En Berkeley, hacer caso omiso de los canales oficiales del gobierno estudiantil era la condición *sine qua non* para la movilización exitosa de los estudiantes. La creación de un "poder dual" en el *campus*, de manera que el movimiento estudiantil fuera libre para expresar efectivamente las demandas de los estudiantes e iniciar acciones de protesta, llevó rápidamente a la descomposición del relativamente conservador gobierno estudiantil, al igual que del FSM, o llevó al gobierno estudiantil mismo a romper con la administración y a alinearse con los estudiantes, al igual que en la huelga de 1966 en Berkeley. El gobierno oficial, si bien es capaz de unirse a acciones de protesta, pocas veces lo es de iniciar o dirigir la actividad militante. Por el contrario tiende a estar inmovilizado por una poderosa administración por un lado, y una fuerte izquierda estudiantil por el otro. Sin embargo, el gobierno estudiantil puede seguir a los líderes no oficiales una vez que los asuntos se han hecho públicos a un número relativamente grande de estudiantes y que el conflicto se ha polarizado entre una administración autoritaria y una militante rebelión estudiantil que trata de resguardar los derechos democráticos.

Si los estudiantes radicales han de desarrollar un movimiento estudiantil masivo, tiene que surgir un nuevo tipo de dirección. La dirección debe estar comprometida con la acción, no con debates ideológicos de secta. Su radicalismo debe ser definido por su análisis y participación en las luchas de su propia sociedad, no en términos de su apoyo abstracto a Rusia, China, etcétera. La dirección, como sucedió en Berkeley, debe estar comprometida con los elementos sustantivos de la democracia, no con los procedimientos oficiales establecidos por la administración. La luchas de su propia sociedad, no en términos de su apoyo abstracto a Es lógico que el movimiento estudiantil debe estar dispuesto a arriesgarse a violar los procedimientos oficiales para alcanzar sus objetivos.

En el curso de la acción en contra de la actividad política estudiantil, la administración no se ciñe a ningún enfoque particular, pero varía sus tácticas y estrategia de acuerdo con su definición de la situación. En un momento las tácticas *salami* se aplican: los dirigentes son aprehendidos y se intenta descabezar al movimiento; en otros momentos las normas son "reinterpretadas" para minimizar indirectamente el posible efecto de masa de las actividades; finalmente, si la administración percibe un movi-

miento en retroceso, fragmentado, puede ser intentado un ataque masivo directo sobre los dirigentes, los seguidores y sobre los derechos previamente ganados. Sólo un movimiento en el que los dirigentes están íntimamente ligados a sus seguidores que continúa organizado y sigue siendo capaz de movilización masiva puede mantenerse al paso del tiempo a través de cierto tipo de “guerra de guerrillas” contra la tendencia administrativa a atacar, aislar o reprimir al movimiento estudiantil.

Para que los estudiantes se familiaricen con las ideas radicales, y para que los estudiantes radicales mantengan sus ligas con su base estudiantil entre crisis, los activistas deben tratar de crear una cultura política radical. Dicha cultura induce a los estudiantes a rastrear el descontento local en la estructura básica de la sociedad, a ver la autoridad represiva inmediata como parte de un sistema represivo mayor. El mantenimiento de una cultura política radical requiere intensos y continuos esfuerzos en la educación política: la saturación del *campus* con volantes oportunos sobre asuntos directa o indirectamente relacionados con la política de las autoridades establecidas (locales o nacionales), la adquisición de una prensa, la costumbre de realizar mítines masivos abiertos en un área por la que pasen grandes números de estudiantes, y la lucha en favor de derechos democráticos con tácticas de acción directa. Las negociaciones secretas y las reuniones a puerta cerrada con funcionarios y estudiantes son el método exacto para terminar con el interés estudiantil masivo. Tales prácticas mantienen a los estudiantes alejados de los problemas y permiten a la administración, a través de los boletines de prensa, definir los problemas.

Para sostener el movimiento estudiantil masivo se requiere un análisis claro y una actividad concreta que ligue la lucha del *campus* a los problemas nacionales e internacionales. En Berkeley la lucha “local” y la educación política que los estudiantes recibieron en relación con la naturaleza represiva de las instituciones establecidas crearon un intenso interés en la intervención de los Estados Unidos en Vietnam. El movimiento de Berkeley realizó exitosamente la transición de una lucha de masas en favor de los derechos democráticos a una actividad masiva en contra de la guerra de Vietnam. Fue capaz de hacer esto debido a que los problemas fueron definidos como enraizados en la estructura de la sociedad corporacionista norteamericana. La experiencia de Berkeley corrobora el hecho de que cuando las revueltas estudiantiles están acompañadas de un análisis estructural radical de los males particulares entre los estudiantes activistas, se cultiva el desarrollo de una conciencia política radical.

Los estudiantes deben convertirse en hombres *políticos*. No existe sustituto para la capacidad de comprender claramente la relación entre los

problemas que afectan la distribución del poder y los beneficios en una comunidad y la necesidad de actuar sobre la base de esa comprensión como una fuerza política organizada. Karl Mannheim señaló la tendencia despolitizadora de los administradores cuando escribió que: “La tendencia fundamental de todo pensamiento burocrático es la de convertir todos los problemas de la política en problemas de administración.” Para contrarrestar esta tendencia, los estudiantes deben demostrar que lo que el orden social establecido induce a los estudiantes a considerar erróneamente como problemas privados, son en realidad problemas sociales que requieren una solución política. Pero la comprensión teórica debida a la práctica no es suficiente. Deben proyectarse programas significativos a fin de incorporar a los estudiantes a la lucha.

Finalmente, la consigna por el “poder estudiantil” no está exenta de peligros. Si los logros y concesiones que pueden ganarse en el *campus* se utilizan sólo o predominantemente en favor de una reforma educacional o para poder intervenir en algunos aspectos de la administración, el empuje radical de los estudiantes se verá frustrado. La lucha en favor de los derechos políticos en el *campus* no debe separarse de la organización y protesta en torno a cuestiones políticas más amplias tales como la guerra de Vietnam. En tanto que el movimiento estudiantil permanezca aislado, el “poder estudiantil” debe esencialmente consistir en la capacidad de los estudiantes para conquistar y defender aquellos derechos que los capacitarán para desarrollar una acción política y social en contra de los intereses establecidos y el poder dominante, no sólo en el *campus* sino en la sociedad en general.

¹ Este punto requiere cierta explicación. A quienes la administración se refiere cuando habla de “no estudiantes”, los racistas los llaman “agitadores del exterior” con la siguiente salvedad: la mayor parte de los “no estudiantes” eran antes estudiantes que habían sido expulsados o a los que se les había negado la readmisión debido a sus actividades políticas. Ellos son el producto final del proceso en tres tiempos: la administración utiliza para deshacerse de los estudiantes radicales activistas: primero, los estudiantes son provocados para que violen una norma del *campus*, norma elaborada por la administración para interferir la participación y la organización políticas efectivas; segundo, se abre un proceso en el que sólo se permite a los estudiantes responder a la pregunta de si violaron o no la norma en cuestión y no se permite discutir acerca de la constitucionalidad de la norma o de su correspondencia con las Resoluciones de los maestros del 8 de diciembre de 1964 (con las que culminó el FSM); tercero, los estudiantes son hallados culpables de violar las normas (o de algo tan vago como “conducta indigna de un estudiante”) y colocados bajo “vigilancia”, es decir, relegados a un *status* de “no estudiantes” en relación con sus derechos políticos, en tanto que en algunos casos, los estudiantes son expulsados de la Universidad, llegando a ser de esta manera “no estudiantes” *bona fide*.

² Durante toda la huelga, hubo sólo una pequeñísima minoría de profesores de izquierda y liberales que hablaron y actuaron de manera consistente y conforme a principios. Mantuvieron su dignidad como hombres políticos y la integridad de sus ideas, virtudes de las que carecieron seriamente el resto de los profesores.